

III. EL MISTERIO DE SU VOLUNTAD

Ef 1,3-14; Col 1,15-20.

A lo largo del día de hoy vamos a contemplar el designio de Dios sobre la creación, y sobre la historia, y a situarnos nosotros en ese misterio escondido de su voluntad, que es un misterio de amor.

Para esta primera meditación he elegido dos himnos que los primeros cristianos cantaban en sus celebraciones. Ahora forman parte de dos cartas atribuidas a Pablo, pero que en realidad fueron escritas por sus discípulos cuando él ya había muerto: Efesios y Colosenses.

Estos dos himnos, y las dos cartas en que están tiene muchas cosas en común, y su tono es diferente al de otras cartas paulinas. En los himnos aparece de forma singular la dimensión cósmica del misterio de Cristo. Gracias a ellos podremos profundizar hoy un poco más en el sentido de la creación, y descubrir nuestro lugar en el proyecto de Dios.

¿Qué estaba pasando entonces en las comunidades de Efeso y Colosas?

La política romana favorecía el crecimiento de las ciudades y el enriquecimiento de unos pocos (edificios públicos y casas privadas de Efeso). En el centro de las ciudades los terratenientes viven cada vez mejor, mientras que la gente del campo y los que viven en la periferia se empobrecen. Muchos acaban vendiéndose como esclavos.

Para calmarlos se les ofrecen los espectáculos públicos, y el consuelo de la religión y de la filosofía.

No cabe la protesta, porque la propaganda oficial, difundida a través de las inscripciones y las monedas, proclama que "estamos en paz" y que vivimos tiempos de prosperidad.

Los filósofos estoicos, que iban de ciudad en ciudad, proponen buscar la libertad interior. Si no se puede tener la otra, si no se puede luchar contra las estructuras de poder y su propaganda, entonces habrá que buscar una libertad interior, a la que sí tenemos acceso.

Este mensaje encierra el peligro de privatizar la existencia, de desentenderse del mundo. Los cristianos de Efeso y de Colosas participan de esta tentación. Saben que, frente al mundo, sólo tienen dos opciones: dejarse seducir y asumir los criterios de la propaganda oficial; o bien prepararse para ser perseguidos, porque si proclaman a Jesús como Señor, se encontrarán con la oposición de los que ven al emperador como único señor de este mundo.

La comunidad cristiana corre peligro de achicar el corazón, refugiándose en lo privado; es el peligro de no implicarse en la marcha de este mundo, que en realidad equivale a pactar con él. En el mundo actuarán siguiendo sus normas y criterios. El evangelio vale sólo para la comunidad, para la sacristía. Es un pacto muy peligroso.

Los discípulos de Pablo contemplan el misterio pascual desde esta situación, y esta contemplación le ayuda a alargar la mirada y a ensanchar el corazón. La creación encuentra su sentido más pleno en Cristo, y por eso los cristianos y la Iglesia no pueden desentenderse del mundo ni apartarse de él. En Cristo se ha inaugurado una nueva creación, y los cristianos, desde su pequeñez, la van haciendo presente en medio del mundo.

Aquí nos encontramos con el tema de la "secularidad", que vamos a tener como telón de fondo en el diálogo que hoy vamos a mantener con el Señor.

[Col 1,15-20]

Al mirar en profundidad el mundo, lo primero que se descubre es a Cristo, como imagen de Dios y primogénito de la creación.

El himno de la carta a los Colosenses lo describe con dos palabras cargadas de sentido.

- Imagen: es la imagen que se graba en las monedas o se esculpe en las estatuas. En ella se ve el rostro, que revela a la persona. Dios invisible se manifiesta en el Hijo.
- Primogénito: Es el primer hijo, el heredero, que ayuda y sucede al Padre.

Él es anterior a la creación y a todas las fuerzas que actúan en ella. Los colosenses estaban deslumbrados por lo que se decía de unos poderes intermedios (principados, potestades ...), pero los cristianos confiesan que Cristo está por encima de ellos, y que toda la creación se sostiene gracias a él.

Al meditar este himno también nosotros nos sentimos interpelados, y debemos preguntarnos si verdaderamente Cristo es el centro de la creación. La iglesia, a cuya cabeza está Cristo tiene como tarea la cristificación del universo.

Vosotras, como seglares consagradas, estáis llamadas a contemplar y hacer descubrir a todos los cristianos esta hondura "crística" de la Creación: Cristo es la razón última de la creación y por tanto del mundo.

De la contemplación de Cristo, como centro del Universo y de la Creación brota el himno de alabanza con que comienza la carta a los Efesios.

La comunidad está reunida para celebrar la eucaristía y la memoria de la pascua de Jesús les mueve a entonar un canto de alabanza.

El himno tiene tres estrofas, que terminan con el mismo estribillo. La primera canta la obra del Padre, la segunda, la gracia derramada en el Hijo, y la tercera es un reconocimiento de la acción del Espíritu.

En este himno encontramos una mirada todavía más honda: es una contemplación de la creación y del mundo desde el misterio de la Trinidad. No es una reflexión, sino un canto que brota del corazón maravillado ante el designio de amor de Dios. Así debemos leerlo también nosotros.

[Ef 1,3-6] Bendecidos por el Padre.

Lo primero que brota del corazón es una bendición, porque Dios, que es Padre, nos ha "bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en Cristo".

La admiración y el agradecimiento brotan al contemplar el designio de Dios; al caer en la cuenta de que nos ha elegido antes de crear el mundo y que nos ha destinado desde siempre a ser sus hijos. Es un proyecto que nace de su ser más hondo y de su querer más sincero.

Desde el proyecto de la voluntad de Dios se entiende de otra forma cuál es nuestro lugar en la creación. Dios nos pensó antes de crear el mundo, y ya entonces nos destinó a ser sus hijos. El hombre es la cumbre de la creación y todo está a su servicio. Pero no de cualquier forma, sino realizando la vocación de hijo a la que hemos sido destinados. El mundo está al servicio del hombre, en función de él, de todos los hombres, no de unos pocos; y de todos los hombres como hijos.

[Ef 1,7-12] Agraciados en el Hijo.

La bendición del Padre se ha manifestado en la gracia derramada en el Hijo. Es un don, un regalo; no el fruto de una conquista humana.

El Padre nos ha manifestado su amor a través del Hijo amado, sobre todo en su entrega por nosotros. Esta entrega existencial nos ha liberado de nuestras esclavitudes, nos ha rescatado del camino equivocado que seguíamos, y nos ha dado a conocer el misterio (designio, plan) de su voluntad.

Dios ha derramado en nosotros esta gracia de forma abundante, derrochando sabiduría y sensatez en nosotros.

El sentido último de este designio divino es la "recapitulación" de todas las cosas en Cristo. Aquí resuena el himno de Colosenses.

Cristo es ahora la cabeza del Universo. Este señorío cósmico se celebra en la Iglesia, y de esta celebración nace una nueva actitud hacia el mundo: hay que salir fuera y difundir la gracia recibida; no es nuestra, no nos pertenece, tenemos que regalarla. Esta es la misión de la Iglesia, para que en el mundo vaya germinando la nueva creación de la que Cristo es el Primogénito.

En esta nueva creación tenemos nosotros una heredad, una parte, porque Dios nos ha destinado desde siempre a ella: hemos sido llamados a ser, nosotros mismos, un himno de alabanza a gloria. La contemplación del plan de Dios nos deslumbra (gloria) y lo único que podemos hacer es convertir nuestra vida en una constante alabanza existencial a Dios.

[Ef 1,13-14] Sellados por el Espíritu.

La última estrofa del himno refleja mejor nuestra situación actual respecto al plan de Dios, y a su designio de amor: es algo que sólo podemos percibir gracias a la

fe, y que ahora sólo poseemos como "anticipo" gracias al Espíritu. La fe y el Espíritu son dos realidades centrales en la vida del creyente, sin las cuales no es posible descubrir y acoger el plan / diseño de Dios.

La FE brota gracias a la escucha del evangelio, que es la única palabra verdadera. Nos da una nueva mirada capaz de penetrar el espesor de la realidad y ver detrás de ella el diseño de amor del Padre.

El ESPIRITU es un "sello" grabado en nosotros, y gracias a él podemos comenzar a experimentar lo que nos descubre la fe, aunque solo sea como "anticipo" (es el dinero que se adelanta como garantía de una transacción).

Este himno, que contempla el Plan de Dios desde el misterio de la Trinidad, y desde el diseño de amor del Padre, puede ayudarnos a nosotros a reconocernos en este diseño divino, y nos invita a convertir nuestra vida en un himno de alabanza a su gloria.

EJERCICIO 3

1. Podemos comenzar pidiendo luz para los ojos del corazón, de modo que podamos ver. Es la luz que pone en nosotros el Espíritu. A él le pedimos que nos conceda hoy un "anticipo" de lo que Dios ha preparado en su amor para nosotros.
2. Repasamos estos himnos que rezamos en la liturgia de las horas, y nos detenemos en ellos. Podemos hacerlo utilizando el breviario.
Poco a poco tratamos de entrar en el corazón de Dios, de donde brota su diseño de amor manifestado como gracia. Un diseño que ahora vemos realizado solo parcialmente.

Contemplamos:

- Su altura: procede de Dios.
- Su hondura: encarnación y muerte del Hijo.
- Su anchura: toda la creación.

3. Podemos terminar recitando una doxología:

"Por Cristo, con El y en él ...

"Gloria al Padre, al Hijo ...

También podemos recurrir al himno "crece la luz bajo tu hermosa mano" que resume el espíritu de Ef 1 y Col 1.